



Melville

*Benito
Cereno*

Apenas valorada en el momento de su publicación y olvidada prácticamente después de su muerte, la obra de Herman Melville (1819-1891) ha ido ocupando lentamente y sin ruido en el privilegiado lugar que le corresponde en la historia de la literatura. Ambientada en el mar, como gran parte de su obra, *Benito Cereno*, novela breve publicada por entregas en 1855, es una historia que bordea el género de misterio y, por momentos, el de terror. El hallazgo por parte del capitán Amasa Delano de un buque guiado por una tripulación de extraño comportamiento y el medido descubrimiento de aquello que late bajo la inquietante atmósfera que lo rodea hacen de esta obra una de las más logradas y singulares del autor de *Moby Dick*, de *Billy Budd, marinero* y de *Bartleby, el escribiente*.

Benito Cereno

En el año 1799, el capitán Amasa Delano, de Duxbury, en Massachusetts, al mando de un gran navío destinado al transporte de mercancías y a la caza de la foca, fondeó con un valioso cargamento en el puerto de Santa María, nombre de una pequeña isla, yerma y deshabitada, situada en el extremo sur de la larga costa de Chile. Tocó en aquel puerto para aprovisionarse de agua potable.

No mucho después del amanecer del segundo día, cuando aún descansaba el capitán en su litera, bajó el piloto a notificarle que un barco de vela desconocido estaba entrando en el puerto. Era raro entonces encontrarse con otros navíos en aquella parte del océano. El capitán se levantó en seguida, se vistió y subió a la cubierta.

La mañana era propia del litoral aquel. Todo estaba mudo y en calma; todo era gris. El mar, aunque lo ondularan dilatados pliegues de olas, producía la impresión de fijeza, y su alisada superficie parecía como plomo enfriado y sedimentado en el molde del fundidor. El cielo parecía un manto gris. Las grises bandadas de aves inquietas, afines a las brumas errantes con que se confundían, pasaban rozando sobre las aguas con rasero y caprichoso vuelo, igual que golondrinas sobre el prado antes de la tormenta. Eran aquellas sombras presagio de otras más densas que todavía estaban por llegar.

Aquel velero desconocido, para mayor asombro del capitán Delano, que lo estaba observando a través de su ca-

talejo, no ostentaba pabellón alguno, y eso que era costumbre, entre honrados marineros, izar aquél en seguida que se entraba en un puerto, por desiertas que aparecieran sus márgenes y con sólo que otro navío hubiera fondeado en él. Quizás, de tener en cuenta la soledad y el desamparo del lugar, y las historias que sobre aquellos mares se contaba entonces, el asombro del capitán Delano habríase convertido en grave preocupación, a no ser persona de bondadoso temperamento y excepcionalmente crédula. Salvo el caso de intervenir un estímulo extraño y repetido, y aun así a duras penas, le era imposible ceder ante cualquier sentimiento de alarma que lo obligara a pensar que el prójimo obraba con malignidad. Visto todo aquello de que es capaz el género humano, mejor que decidan los sabios si tal rasgo del carácter pone o no de manifiesto una particular agudeza y vivacidad de la percepción intelectual, además del hecho de poseer un corazón benévolo.

Sin embargo, fueran cuales fueran las dudas al principio suscitadas por la presencia del barco desconocido, de seguro que en seguida se hubieran desvanecido en la mente de cualquier marino experto, observando cómo se aproximaba peligrosamente a la costa para esquivar el arrecife sumergido en las cercanías de su proa. Con ello demostraba no sólo desconocer aquella isla, sino también la presencia de la otra nave fondeada en su puerto. Por consiguiente, no podía tratarse de un barco pirata conocedor de esas aguas. El capitán Delano, sin que disminuyera su interés inicial, siguió acechándolo, estorbado por los vapores que le ocultaban en parte el casco, a través de los cuales la distante luz matinal de la cámara fluía con destello un tanto equívoco, muy parecida a la del sol, que iba lentamente levantándose sobre la línea del horizonte como si acompañara a la nave desconocida en su entrada en el puerto. Aquella luz solar, también velada a medias por las mismas nubecillas, bajas y reptantes, no se distinguía mucho, por su aspecto, del siniestro ojo único de una intrigante de Lima que atala-

yara la plaza desde el agujero indio de su negra «saya-y-manta».

Quizá fuera engaño de la niebla, pero lo cierto es que, cuanto más tiempo se observaba al velero desconocido, tanto más extrañas resultaban sus maniobras. Pronto fue difícil conjeturar si realmente intentaba entrar en el puerto, o qué otros fines guiaban sus movimientos. El viento, que había arreciado un poco durante la noche, ahora soplaba con mayor ligereza e inseguridad, lo cual acrecentaba todavía más la aparente incertidumbre de su orientación.

Finalmente, sospechando que se trataba de un barco en aprietos, el capitán Delano ordenó lanzar al agua la ballenera y, a pesar de las prudentes advertencias que le hizo el piloto, se dispuso a embarcarse en ella y gobernarla, al menos dentro del recinto del puerto. La noche anterior, unos cuantos marineros de a bordo se habían alejado un buen trecho del navío para ponerse a pescar en las cercanías de unas rocas caídas, situándose fuera del alcance del barco. Una o dos horas antes del amanecer, habían vuelto con un buen botín. Imaginando que aquel buque desconocido había debido de permanecer largo tiempo parado en otras aguas más profundas, el bondadoso capitán mandó depositar en la ballenera algunas cestas de pescado que sirvieran de obsequio y poco después transmitió la orden de partida. Al ver el peligro que aquel corría, pues seguía navegando demasiado cerca del arrecife sumergido, urgió a los suyos para que aceleraran la marcha, ya que era preciso advertir a sus tripulantes de la situación en que se encontraban. No obstante, antes de que hubiera logrado aproximarse la ballenera, ya había cambiado la dirección del viento, el cual, a pesar de soplar con poca fuerza, hizo que la nave fuera alejándose del arrecife, rompiendo en parte las brumas que la circundaban.

Observada desde más cerca, la nave, cuando pudo vérsela distintamente encaramada en la cresta de las olas plomizas, con jirones de niebla envolviéndola aquí y allá con

sus retazos, surgió igual que un monasterio encalado después de una terrible tormenta, como asomado a algún sombrío precipicio pirenaico. No fue, empero, una simple semejanza fantástica la que, por un momento, hizo creer al capitán Delano que delante de él tenía nada menos que un buque cargado de monjes. En la nebulosa distancia, parecía realmente que a las amuradas se hubiera asomado una multitud de negros capuchos, mientras que, entrevistas a intervalos a través de las portas abiertas, distinguíanse confusamente otras enormes y sombrías figuras, como las de frailes negros deambulando por los claustros.

Ya más cerca, cambió aquel aspecto y se aclaró cuál era la verdadera índole del barco. Tratábase de un mercante español de primer rango que, entre otras valiosas mercancías, llevaba un cargamento de esclavos negros desde un puerto colonial a otro. Era un buque muy grande y de bella estampa en aquel tiempo, como los que a veces se encontraban a lo largo de aquellas costas: naves anticuadas con tesoros de Acapulco, o fragatas ya jubiladas de la armada real española, que, al igual que arruinados palacios italianos, conservaban aún vestigios de su glorioso pasado, a pesar de la decadencia de sus amos.

Conforme fue acercándose la ballenera, se advirtió que el singular matiz de espuma de mar que presentaba el barco se debía al estado de abandono y suciedad en que se hallaba. Tanto los masteleros y las jarcias como una gran parte de las amuradas, parecían recubiertos de lana, a causa de un prolongado desconocimiento de lo que significaba el empleo de la rasqueta, la brea y el escobón. Diríase que hubieran levantado su quilla y ajustado sus cuadernas en el «valle de los huesos secos» de Ezequiel, lanzándola luego a la mar.

Pese a la misión que entonces cumpliera la nave, ni el modelo original ni el aparejo parecían haber sufrido cambio alguno con relación a la maqueta de nave de guerra estilo Froissart. Sin embargo, no se veían cañones en la cubierta.

Tenía grandes cofas, aparejadas alrededor con lo que en otro tiempo fuera un velamen de forma octagonal, hoy en miserable estado. Esas cofas colgaban de los aires lo mismo que tres ruinosas pajareras, y sobre una de ellas, subido a un flechaste, aparecía un pingüino o pájaro bobo, rara especie de ave así denominada por su inclinación al letargo y el sonambulismo, fácilmente capturable en la mar con la ayuda de la mano. Descalabrado y enmohecido, semejaba el castillo de proa un antiguo torreón tomado al asalto tiempo atrás y abandonado luego a su propia ruina. Del lado de popa, dos altas galerías, de balaustradas a trechos cubiertas de algas secas igual que yescas, emergían de la deshabitada cabina de mando, la cual, a pesar de la bonanza remante, tenía sus aberturas herméticamente cerradas y bien calafateadas.

Aquellos desiertos balcones dominaban el mar como si fuera éste el Gran Canal de Venecia. No obstante, la principal reliquia de su glorioso pasado era el ancho óvalo de la popa en figura de escudo, con las armas de León y Castilla intrincadamente grabadas en él, y adornado en torno con medallones de tema mitológico o simbólico. En la parte superior y en el centro de aquél se veía la silueta de un negro sátiro con máscara, pisando la doblada cerviz de una contorsionada figura también enmascarada.

Difícil era discernir si el barco aquel llevaba un mascarón de proa o sólo un sencillo espolón, ya que lo impedían las lonas que cubrían aquella parte, al objeto de resguardarla de los trabajos de restauración, o con el fin de ocultar decorosamente su lastimosa condición. A lo largo de la parte de proa de una suerte de pedestal situado bajo las lonas, toscamente pintada o escrita con tiza, a guisa de broma marinera, se leía esta frase: «Seguid a vuestro jefe». Y poco más lejos, sobre la deslustrada empavesada del beque, estaba grabado en solemnes mayúsculas, en otro tiempo doradas, el nombre del buque: «Santo Domingo». Cada letra aparecía corroída por los goterones de orín caídos desde

los pernos de cobre, y sobre aquel nombre, como fúnebres yerbas, oscilaban negros festones de viscosas algas que, al ritmo propio de un coche de muertos, seguían los balanceos del casco del navío.

Cuando al fin consiguió la ballenera aproximarse al barco mediante la ayuda del bichero, su quilla, aunque aún se hallaba unas pulgadas lejos del casco, produjo un áspero crujido igual que si hubiera rozado con un sumergido arrecife de coral. En realidad, tratábase de un enorme racimo de lapas conglomeradas, adheridas bajo el agua a los costados del barco, igual que una verruga: prenda y testimonio de los vientos y las calmas sufridos en cualquier lugar de esas aguas.

Una vez a bordo del buque, su visitante se encontró rodeado de pronto de una multitud vociferante de blancos y negros. El número de éstos en cubierta superaba al de los primeros, extraña circunstancia si se tiene en cuenta que se trataba de esclavos. Sin embargo, unos y otros, con voz unánime y en el mismo lenguaje, se pusieron a referir idénticos relatos de los sufrimientos pasados. Y, en esto, las mujeres negras, que no eran pocas, excedieron por su dolorido acento al de todos los otros. El escorbuto, junto con las fiebres, habían diezmado cruelmente la tripulación, produciendo los mayores estragos entre los españoles. Por un milagro se habían salvado del naufragio cuando navegaban cerca de la costa del cabo de Hornos. Posteriormente, a lo largo de varias jornadas, quedaron inmovilizados, sin que soplara viento alguno. Disminuían las provisiones de boca, apenas les quedaba agua y, en consecuencia, tenían ya secos los labios.

Mientras se convertía así en blanco de todas aquellas locuaces lenguas, el capitán Delano examinaba con vivaz mirada las caras y los objetos que lo rodeaban.

Siempre que se aborda en el mar por vez primera un navío grande y populoso, principalmente si es extranjero, con una tripulación, supongamos de láscares o filipinos, la im-

presión que se tiene no es nunca igual a la que se experimenta al entrar en una casa desconocida, habitada por desconocidos y en tierra extraña. Tanto la casa como la nave, la primera con sus muros y postigos, la otra con sus altas bordas que parecen murallas, ocultan su interior a la mirada hasta el último instante. Pero en el caso de la nave se añade esta circunstancia: la de que el espectáculo viviente que esconde, al quedar repentinamente al descubierto, produce en cierto modo, por contraste con el vacío océano que lo rodea, el efecto de un prodigio. La nave no parece real; los trajes, gestos y rostros extraños semejan un fantasmagórico retablo surgido de las profundidades, las cuales pronto recobrarán lo que han prestado.

Quizá fuera un efecto parecido al que se ha intentado describir lo que intensificó en la mente del capitán Delano aquello que un sereno examen hubiera podido encontrar insólito dentro del espectáculo. Sobre todo, las notables figuras de cuatro negros de pelo entrecano, con cabezas como oscuras cimas de sauces sembrados de cuscuta, que brindaban un venerable contraste con el tumulto, que desde su altitud dominaban, reclinados igual que esfinges, uno en la serviola de estribor, otro sobre la de babor, y los otros dos encaramados en las batayolas por sobre las mesas de guarnición. Cada uno de ellos tenía en la mano restos de jarcia vieja que con cierta estoica complacencia deshilaban para fabricar estopa, amontonándola después a un lado. Se acompañaban en su labor con un canto seguido, monótono y bajo, zumbando y babeando como gaiteros ya viejos que interpretarían una fúnebre marcha.

El alcázar servía de soporte a una amplia y alta toldilla en cuya parte delantera, situados, igual que los de la estopa, a unos ocho pies por encima de la multitud, a intervalos regulares, se alineaban, con las piernas entrecruzadas, otros seis negros. Tenía cada uno en la mano un hacha llena de herrumbre e, igual que marmitones, se dedicaban a limpiarlas con un trozo de ladrillo y un paño. Entre éste y aquél,

una pila de hachas de filo mohoso, puesto cara arriba, aguardaban su turno. Mientras que los de la estopa solían dirigirse de cuando en cuando brevemente a uno o varios individuos de los que se congregaban abajo, los seis pulidores de hachas no intercambiaban palabra alguna, ni charlaban con ninguno de los otros, sino que parecían entregados silenciosamente a su propia labor, salvo en determinadas ocasiones en que, impulsados por el placer propio del negro en conciliar el trabajo con la diversión, entrechocaban pareja por pareja sus hachas igual que si fueran címbalos, produciendo entonces un estruendo salvaje. Los seis, en contraposición a los demás, conservaban el aspecto salvaje de los africanos no adulterados.

Sin embargo, aquella primera mirada de conjunto, que abarcó a esas diez figuras, así como a otros grupos menos notables, sólo un instante descansó sobre ellas. Impacientado por el griterío, el visitante se volvió a indagar quién pudiera ser el responsable de la nave.

Ya fuera porque no le repugnara dejar que la naturaleza se manifestara por medio de la voz doliente de su tripulación, o porque deseara de reprimirla en aquel instante, lo cierto es que el capitán español, hombre de porte distinguido y reservado, de edad aún joven a los ojos de un extranjero, vestido con singular ostentación, aunque señalado por las huellas de los afanes, las angustias y los recientes insomnios, parecía mantenerse en actitud pasiva al margen de todo aquello. Apoyándose contra el palo mayor, ya lanzaba algunas veces una mirada gris e inanimada sobre su excitada tripulación, o contemplaba con tristes ojos al visitante recién llegado. A su lado aparecía un negro de escasa altura que de cuando en cuando alzaba hacia el español, lo mismo que un perro pastor, un rostro tosco en que se manifestaban por igual la pena y el afecto.

Abriéndose paso a través de la multitud, el americano se dirigió al encuentro del español, le dio pruebas de su simpatía y se brindó a ayudarle en la medida de sus propias

fuerzas. Por el momento, el español no dio otra respuesta que la de graves y solemnes gestos de gratitud, ya que mitigaba su cortesía natural la melancolía derivada de su mal estado de salud.

Sin perder más tiempo en cumplidos, el capitán Delano se volvió hacia el portalón y mandó subir a bordo las cestas de pescado que había traído consigo. Poco después, como siguiera soplando un ligero vientecillo, de manera que no podía contarse con que la nave pudiera fondear antes de que hubieran transcurrido algunas horas, ordenó a sus hombres que regresaran a su buque y trajeran en la balletera la mayor cantidad de agua posible, además de todo el pan tierno de que dispusiera el cocinero, cuantas calabazas hubiera a bordo, un cajón de azúcar y una docena de sus propias botellas de sidra.

Unos minutos después de haber partido la embarcación, entre la consternación general, declinaron los vientos, y la cambiante marea comenzó a llevarse la nave, irresistiblemente, hacia la mar honda. Previendo que tal situación no debía de durar mucho tiempo, el capitán Delano hizo lo que pudo para animar a aquella gente, no sin experimentar al mismo tiempo una gran satisfacción por poder hablar en su propia lengua nativa —gracias a sus frecuentes viajes por las costas de España— con quienes se encontraban en tan difícil atolladero.

Una vez solo entre ellos, no tardó en advertir ciertos hechos que venían a corroborar sus primeras impresiones. Sin embargo, tal sentimiento de sorpresa lo borró la piedad que en él suscitaban españoles y negros, todos ellos debilitados bien a las claras por la falta de agua y provisiones. Las largas pruebas sufridas parecían haber sacado a luz los peores rasgos naturales de los negros, poniendo en entredicho al propio tiempo la autoridad que sobre ellos ejercían los españoles. Dadas aquellas circunstancias, hubiera debido preverse tal situación: nada hay en los ejércitos, las armadas, las ciudades y las familias, e incluida la misma natu-

raleza, que tanto contribuya a relajar la disciplina como lo consigue la miseria. A pesar de ello, no dejaba de considerar el capitán Delano que, de haberse mostrado más enérgico Benito Cereno, no hubiera alcanzado tanta gravedad el desorden que entonces reinaba. Como quiera que fuese, la debilidad del capitán español, ya fuera natural, o provocada por las experiencias sufridas, ya tuviera un origen físico o mental, era demasiado evidente para que pasara inadvertida. Dominado por un desánimo constante, como si, después de verse tantas veces burlado por la esperanza, no quisiera ya abandonarse a ella en el preciso instante en que había dejado de ser engañosa, la perspectiva de fondear al mediodía, o a la tarde como máximo, con agua en cantidad para sus hombres y un fraternal capitán como consejero y amigo, no pareció reanimarlo. Su mente parecía estar bien desequilibrada, si no se hallaba más gravemente afectada. Encerrado entre aquellas paredes de madera de roble, encadenado a la monótona rutina del mando, cuya inmutabilidad lo abrumaba, se movía con la lentitud de un abad hipochondriaco, parándose a veces de repente, como absorto o con la mirada fija al frente, mordiéndose las uñas o los labios, enrojeciéndose, palideciendo, retorciéndose la barba y manifestando otros síntomas característicos de una mente ausente y lunática. Este desordenado espíritu se alojaba, como se ha dado ya a entender, en un cuerpo asimismo desquiciado. Era alto de talla, pero no parecía haber sido nunca robusto y ahora, con las alteraciones nerviosas, estaba tan flaco como un esqueleto. Cierta propensión hacia una afección pulmonar parecía haberse corroborado recientemente. Su voz era la de un hombre con los pulmones medio destrozados, sofocada por la ronquera y casi convertida en un velado murmullo. Por tanto, no era extraño que, cuando se desplazaba vacilante en tal estado, le siguiera temeroso su criado particular. A veces el negro le daba el brazo, o le sacaba el pañuelo del bolsillo, y estos oficios los realizaba con tan afectuoso celo, que daba un tono de cosa

filial o fraternal a unos actos ya de por sí domésticos. Este rasgo ha valido a los negros la reputación de ser los mejores criados del mundo, de modo que el amo no necesita mantener con ellos una relación de estricta superioridad, sino que puede tratarlos con familiaridad, como dirigiéndose no tanto a un sirviente como a un abnegado compañero.

Observando la ruidosa indisciplina de los negros en general, así como la adusta ineficacia de que los blancos parecían dar prueba, el capitán Delano advirtió, no sin experimentar una compasiva complacencia, la siempre servicial conducta de Babo.

Pero ni la buena conducta de Babo ni la mala de los otros parecían liberar al lunático de don Benito de su nebulosa languidez. No quiere esto decir que fuera ésta precisamente la impresión que el español produjo en el ánimo de su visitante. Por el momento, el capitán Delano no consideró el alterado estado del español más que como un rasgo saliente de la aflicción general que reinaba en el barco. Sin embargo, no dejó de afectarle bastante una actitud de don Benito que, provisionalmente, no tenía otro remedio que estimar como una muestra de huraña indiferencia hacia él mismo. Además, los modales del español revelaban cierta acritud desdeñosa y hostil que no parecía querer éste ocultar. Esto lo atribuyó el americano, de acuerdo con su caritativo espíritu, a los efectos devastadores de la enfermedad, ya que en otras circunstancias había notado que en ciertos temperamentos los dolores físicos continuados parecían abolir todo instinto social y afabilidad. Era como si, obligados al pan negro, juzgaran equitativo que todo aquel que se les acercara debiera compartir indirectamente su propia suerte mediante algún desprecio o afrenta.

Pero pronto se convenció el capitán Delano de que, a pesar de la indulgencia que desde un principio había manifestado al juzgar al español, quizá no se había mostrado, después de todo, bastante caritativo. En el fondo, la reserva de don Benito era lo que más le desagradaba. Ahora

bien, idéntica actitud mantenía éste con todo el mundo, excepto con su criado particular. Hasta los partes reglamentarios, que según el uso marineró le transmitía a horas fijas algún subalterno (ya fuera éste blanco, mulato o negro), eran objeto de su desdén hostil, que manifestaba al recibirlos con claras muestras de impaciencia. En tales ocasiones, sus modales se asemejaban, por su altivez, a los que seguramente observara su imperial compatriota Carlos V antes de renunciar al trono para vivir igual que un anacoreta.

Esta melancólica aversión hacia su propio cargo la manifestaba en casi todas las funciones unidas a él. Tan altivo como atrabiliario, no condescendía nunca al mando personal. Siempre que era preciso dar órdenes especiales, delegaba en su criado particular el trabajo de hacerlo. Éste, a su vez, las hacía llegar a su último destino por medio de correos, despiertos muchachos españoles o jóvenes esclavos que, igual que pajes o peces pilotos, andaban siempre en torno a la persona de don Benito. De tal suerte que, observando la negligencia con que aquel inválido erraba de uno a otro lugar, mudo y apático, ningún hombre de tierra adentro hubiera podido imaginar que gozaba del poder de un dictador, fuera del cual, estando en plena mar, ningún recurso humano existe.

Así pues, el español, considerado según su propia reserva, no parecía ser otra cosa que víctima involuntaria de una enfermedad mental. No obstante, tal reserva quizá fuera, en realidad, fruto de un propósito deliberado. De ser esto así, en el caso de don Benito se advertía, ya acentuada hasta lo enfermizo, aquella política circunspecta, aunque bien consciente, adoptada en mayor o menor grado por todos los capitanes de grandes barcos, la cual, de no mediar alguna emergencia, inhibe tanto cualquier manifestación de dominio como todo rasgo de sociabilidad, y que convierte al mismo tiempo al hombre en una especie de bloque de madera o, mejor dicho, en un cañón cargado, que no dice nada mientras no se dispara.

Observándole bajo este último aspecto, el hecho de que, pese al estado actual del barco, persistiera el español en una actitud que sin duda hubiera resultado inofensiva, e incluso apropiada, en una nave bien provista —como tal vez lo fuera el «Santo Domingo» al inicio del viaje—, pero que entonces no parecía ser nada juiciosa, no parecía ser sino una consecuencia natural del perverso hábito producido por el largo ejercicio de tan cruel represión sobre su propia personalidad.

Quizá pensara el español que con los capitanes ocurre lo mismo que con los dioses; es decir, que está en su destino mantenerse circunspectos en cualquier situación. Y aun tal vez —cosa más verosímil— aquella actitud de soñoliento dominio podía derivarse de un esfuerzo por ocultar una debilidad consciente, siendo producto más bien de una estratagema huera que de una profunda sabiduría. En cualquier caso, fueran deliberados o no los modos de don Benito, cuanto más consideraba el capitán Delano la reserva que los caracterizaba, tanto menos molestia sentía cuando se veía convertido en objeto de una u otra de sus particulares manifestaciones.

Por lo demás, no era don Benito el único personaje que le preocupaba. Acostumbrado a la paz que reinaba entre los miembros de su tripulación, constituida casi en una entidad familiar, el estrepitoso caos que le ofrecía como espectáculo la dolidá tribu del «Santo Domingo» no dejaba de atraer sus miradas. Fueron muchas las infracciones graves contra la disciplina, e incluso contra la decencia natural, que le fue dado observar. El capitán Delano las atribuyó principalmente a la falta de oficiales subalternos, a los que suele confiarse, aparte de otras mayores funciones, lo que suele denominarse policía de un populoso navío. Realmente, los viejos tejedores de estopa obraban a veces como si fueran los fiscalizadores de sus compatriotas de raza negra. Sin embargo, aunque lograban a veces apaciguar las disputas que de cuando en cuando surgían entre dos individuos,